



Peregrinación del Presbiterio diocesano al Santuario del Cristo de Cabrera en el Año de la Misericordia

(Lecturas de la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz)

El texto del Evangelio de Juan nos ha anunciado la futura elevación de Jesús en la cruz, a semejanza de la serpiente de bronce elevada por Moisés en el desierto. Lo importante de esta semejanza no es el hecho de la elevación ni la comparación material entre el estandarte y la cruz, sino la finalidad y el significado salvador de ambos hechos.

La serpiente de bronce es dada por Dios al pueblo para que cuantos habían sido mordidos por la serpiente, quedaran sanos al mirarla. Pero esta mirada al estandarte implica la confesión del pecado que el pueblo ha cometido, hablando contra Dios y contra Moisés. La rebelión contra los planes de Dios llega al extremo de acusarle de sacar al pueblo de Egipto para matarle de hambre y de sed en el desierto. El castigo de las serpientes venenosas se convierte en pedagogía de Dios para enseñar al pueblo a confiar de nuevo, en medio de las dificultades del desierto, en el proyecto salvador del Éxodo hacia la tierra prometida. La mirada a la serpiente de bronce es una señal de conversión, de fe y de confianza en Dios. Por eso libra de la muerte.

Con la comparación entre la serpiente de bronce y la cruz de Jesús, el evangelista nos está invitando a mirar a Jesús crucificado con fe, para alcanzar la vida eterna. Y más adelante nos refiere las palabras proféticas de Jesús: *“Y cuando yo sea elevado sobre la tierra atraeré a todos hacia mí.”* (Jn 12, 32). Y *“mirarán al que traspasaron”* (Jn 19, 37).

El evangelista Juan nos ha referido también este anuncio de Jesús: *“Cuando levantéis en alto al Hijo del hombre, sabréis que ‘Yo soy’, y...que hablo como el Padre me ha enseñado...porque yo hago siempre lo que le agrada”* (Jn 8, 28-29). Es una de las frecuentes explicaciones que Juan realiza de la relación de Jesús con el Padre. La elevación de Jesús en la cruz es una prueba del amor de Dios Padre al mundo, que entregó a su Hijo único para que el mundo se salve por él. No hay otro camino, pues *“nadie ha subido al cielo, sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre”*. (Jn 3,13)

Queridos hermanos presbíteros: Jesús crucificado nos ha atraído hoy hacia él, a mirar con amor en esta venerable imagen del Cristo de Cabrera su rostro luminoso y su costado traspasado, fuente de la que hemos nacido por el bautismo y la eucaristía, manantial de agua viva donde saciar la sed de su Espíritu de amor entregado en la cruz (Cfr Jn 7, 37-38; 19, 30.34).



Carlos López Hernández

Hemos acudido al encuentro con él con total confianza, porque el mismo Jesús nos llama a encontrar en él nuestro descanso. *“Venid a mí todos los que estáis cansados agobiados, y yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera”* (Mt 11, 28-30).

El ejercicio del ministerio en nuestra Diócesis va llevando consigo cada vez más tareas y dificultad. Somos menos y de más edad. Y también nuestros colaboradores laicos más cercanos han ido disminuyendo y envejeciendo al mismo ritmo que nosotros. Las comunidades cristianas se han resfriado en la fe; su vida evangélica se ha enfriado en el clima de frío polar de la actual cultura alejada de la luz y del calor de Dios. Y las previsiones de la meteorología espiritual mundial, y española en particular, no anuncian condiciones cálidas para la misión de la Iglesia. En el ámbito de los valores humanos, espirituales y cristianos no hay proceso de calentamiento global, sino avance de un período más bien glaciario.

La Iglesia necesitará poner mucho fuego en el propio hogar: el fuego del Espíritu del Resucitado, que genera personas y relaciones nuevas, comunidades acogedoras, testigos ardientes del Evangelio, e invernaderos cálidos para el cultivo de las nuevas plantas del campo y de la agricultura de Dios. Este fuego del Espíritu es el Amor eterno de Dios, ya revelado a Moisés en la zarza que ardía sin consumirse, y hecho presencia personal para siempre en Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre.

Con las anteriores metáforas he querido aludir al contexto y objetivos de nuestra Asamblea, sin repetir afirmaciones tantas veces ya oídas. Los presbíteros podemos ver hoy expresada nuestra misión en los mismos términos en que Jesús se refirió a la suya: *“He venido a prender fuego a la tierra, ¡y cuánto deseo que esté ya ardiendo!* (Lc 12, 49). A continuación se refiere a su muerte como un bautismo, y aclara: *“¡y qué angustia sufro hasta que se cumpla”* (Cfr Lc 12,50).

En este clima desahogado para nuestra abundante tarea es inevitable el cansancio y agobio del pastor. El cansancio físico y psíquico del pastor en la pastoral del día a día se pueden aliviar con relativa facilidad y no roban la alegría. Pero el pastor puede sufrir otro cansancio mucho peor: un cansancio moral que se manifiesta como una dolorosa sensación de frustración ante la falta de frutos en el ejercicio del ministerio. Entonces surge la pregunta ¿para qué sirve el grave peso del ministerio? ¿Cómo puedo saber que he vivido bien el ministerio si no veo frutos? ¿Estoy capacitado para el ministerio? Y la respuesta inadecuada a estas preguntas es una de las formas más frecuentes de entrar en crisis.

El ejercicio del ministerio desprendido de la aceptación de la gente y del fruto visible es el aspecto más costoso en el proceso de maduración del sacerdote como buen pastor. Y el cansancio moral que acompaña este difícil aprendizaje es una de las cruces más dolorosas de soportar; y, a menudo, el pastor tiene que soportarla él solo, porque la gente se escandaliza si se lo dices.



Carlos López Hernández

Hay también una forma de cansancio moral de mayor calidad espiritual y de más perfección sacerdotal. La que viene producida por sentir la carga no sólo del pecado propio, sino también el peso y la responsabilidad del pecado de la humanidad y de la gente, que ha sido encomendada a su cuidado pastoral. Este peso lo sintió de forma intensa el santo Cura de Ars; tan intensa que le llevó a iniciar tres intentos de huida de la parroquia por la noche, para volver siempre de nuevo, reconociendo: “Me he portado como un niño”. En un momento de desconcierto, se había sentido agobiado por el temor de la responsabilidad. Sobre este sufrimiento decía: “Si hubiera previsto, cuando vine a Ars, los sufrimientos que me aguardaban, al punto me habría muerto de aprensión”.

Este sufrimiento moral ennoblecía la vida del Cura de Ars como sacerdote; y debe ennoblecer la vida de todo buen sacerdote, porque es un sufrimiento casi redentor, expiatorio, unido al de Jesús. Es un sufrimiento necesario, inevitable, que pertenece a la sustancia del oficio sacerdotal como oficio de amor, en representación de Cristo Sacerdote, que se entrega en sacrificio por la salvación de todos. Parece que san Pablo tuvo de forma intensa una experiencia semejante, que expresó al escribir a los colosenses: “*Ahora me alegro de mis sufrimientos por vosotros: así completo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo, en favor de su cuerpo que es la Iglesia, de la cual Dios me ha nombrado servidor.*” (Col 1, 24-25). Y a los fieles de Corinto: “*¿Quién enferma sin que yo enferme? ¿Quién tropieza sin que yo me encienda?*” (2 Cor 11, 29).

Es propio del pastor bueno dar la vida por sus ovejas en un sufrimiento interior producido por las cruces diarias y las espinas del camino de quien es responsable espiritual de otros, que no reconocen, ni sienten necesaria para ellos su misión. El peso de la responsabilidad pastoral puede llegar a ser un martirio espiritual del pastor. El Cura de Ars lo expresaba diciendo a sus feligreses: “Lloro por aquello por lo que vosotros no lloráis”. Nosotros podríamos aplicarlo a nuestra situación diciendo: Lloro por vuestra ceguera e inapetencia espiritual, por vuestra indiferencia moral, por vuestra insensibilidad ante el tesoro del Evangelio. Pero esta confesión sería probablemente rechazada por muchos de nuestros oyentes como un insulto o desprecio inaceptable. Así que, cuando sea necesaria para nosotros, sólo podremos decirle al Señor en el silencio de la oración y, si acaso, en el diálogo íntimo con otros presbíteros.

¿Qué alivio puede haber para todas las formas de cansancio y agobio moral y para el martirio espiritual del pastor? Jesús nos lo ha dicho: “*Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí... Porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera*” (Mt 11, 29.30). “*Y el que pierda su vida por mí, la encontrará*” (Mt 10,39). El sacerdote alcanza su madurez cuando identifica el amor a Jesús, que es la sustancia de su vida, con el deber de pastor, y con el ir con él adonde no se quiere (Cfr Jn 21, 15-19), adonde el Señor lo lleva. El amor a Jesús, don de su Espíritu, hace al discípulo libre para entregar la vida. A este propósito decía el Cura de Ars: “Si el Espíritu Santo actúa, todo se vuelve fácil y dulce, es un morir de alegría”.



Carlos López Hernández

El Santísimo Cristo de Cabrera es hoy para nosotros la Puerta Santa a la que nos ha conducido nuestra peregrinación jubilar en el Año Santo de la Misericordia. Jesús nos aseguró: *“Yo soy la puerta: quien entre por mí se salvará”* (Jn 10, 9). Y hoy es de nuevo para nosotros el rostro de la misericordia del Padre, que acoge nuestro camino espiritual de conversión, nos renueva en santidad con su perdón de nuestros pecados, y renueva en nosotros la gracia que se nos dio por la imposición de las manos (Cfr 1 Tim 4, 14) para ser misioneros de la misericordia en todo nuestro ministerio y, especialmente, en el sacramento de la reconciliación. La experiencia renovada del perdón de nuestros pecados y la contemplación gozosa de su misericordia nos ayudan a salir al encuentro de cada persona como testigos y dispensadores de la bondad y ternura de Dios.

De forma eminente y ejemplar los sacerdotes, misioneros de la misericordia, estamos llamados a hacer de nuestras mutuas relaciones **“un oasis de la misericordia”**. La peregrinación de hoy debe ser un intenso estímulo para una nueva conversión a la auténtica fraternidad sacerdotal: a tener un solo corazón, vivir una misma misión y compartir las alegrías y sufrimientos del ministerio. Hemos de cuidar las dos formas de relación que el Señor nos recomendó como signos para manifestar a todos que somos sus discípulos: el amor, *“como yo os he amado”* (Jn 15,12), y la unidad, *“como tú, Padre, en mí, y yo en ti”* (Jn 17, 21).

En las agobiantes condiciones actuales del ejercicio de nuestro ministerio necesitamos sentir cada uno el calor del afecto, la comprensión, el aliento, la misericordia y la ayuda efectiva de los hermanos presbíteros en toda necesidad material, espiritual o ministerial. La audacia de los jóvenes, la prudencia de los mayores y la sabiduría de los ancianos tienen que fortalecernos a todos para llevar a cabo la única misión, que es la razón de ser de nuestra vida: el anuncio y testimonio auténtico del Evangelio de Jesucristo, por amor al Señor y a los hermanos, por los que él entregó su vida.

Ponemos nuestra vida y misión bajo la protección de la Virgen María, Madre de la Misericordia. Y le pedimos que nos alcance de su Hijo la gracia de gozar en toda circunstancia de la Alegría del Evangelio.

Santuario del Cristo de Cabrera, 9 de Febrero de 2016